Tenemos nuestras tareas divididas: dos traen cervezas; uno velas; otro, si aparece, ya es todo un logro… ¿Qué llevo yo? Una *ouija*.

Quedamos cerca de un hospital abandonado. Bebemos, reímos, evitamos que se note nuestro nerviosismo. Nos envalentonamos entre nosotros, achacamos el temblor de manos al frío. Mientras anochece la cencellada surge, la niebla nos oculta de miradas curiosas: nos convertimos en siluetas desdibujadas de aquellos que perecieron por tuberculosis. ¡Espectros!

Miro el reloj: «Es la hora». Nos adentramos con paso vacilante. Ya no hacemos bromas. El flash de nuestros móviles brilla partiendo en dos la niebla; estocadas luminosas abriéndonos paso. Al cruzar el umbral del hospital la atmósfera cambia: el aire es denso, pesa sobre nuestros hombros. Nos sentimos observados: pelos como escarpias…

Paredes con la pintura desconchada, vegetación fusionándose con un mobiliario ennegrecido y podrido por la humedad; esporas de moho se elevan con cada pisada. Cruzamos el recibidor hasta acceder a una de las habitaciones. Yo *elijo* cuál.

Una ventana con rejilla, somieres desvencijados y un armario con las puertas desencoladas se convierten en nuestra «sala de juegos». Encendemos las velas, saco la ouija de la mochila y nos sentamos a su alrededor. Coloco un vaso sobre el tablero. Todos apoyamos un dedo en él. Silencio sepulcral, nos miramos.

—¿Hay alguien aquí? —pregunto en voz alta.

Observamos el entorno. Las velas proyectan nuestras estilizadas sombras sobre las paredes. Desconfianza y temor a partes iguales…

—Si hay alguien aquí, ¡que responda!

—Pooor favor —añade otro con un hilo de voz.

Notamos cómo se desliza suavemente el vaso… Recorre el tablero, nuestros ojos dan fe de ello: «Mi hijo —forman las letras—. ¿Y mi hijo?».

—¡Ja! —exclamo excitado—. Muy graciosos… ¿*Quién* está empujando el vaso?

Una ráfaga de viento extingue casi todas las llamas. Las bisagras del armario chirrían, todos nos giramos. Un sonido gutural sale de su interior; una mano se desliza por el canto.

—¡Ostia *bro*! —exclama uno.

—No… ¡No quitéis el dedo del vaso! ¡No rompáis el vínculo!

—¡Los cojones! —farfulla otro.

Gritan, hacen aspavientos, sus caras palidecen. Huyen despavoridos, sus sombras los acompañan… Queda un único dedo en el vaso: el mío… Aguanto unos segundos. Río a carcajadas: «Ha salido *mejor* de lo que esperaba».

—¡Ya puedes salir! Menudos acojonados… Te lo dije, se iban a mear encima.

Al instante suena mi móvil. Respondo:

—¿Para qué me llamas? ¿Qué haces?

—¿Qué haces *tú*? Llevo veinte minutos pasando frío en este armario que huele a muerto y no aparecéis. Y de repente escucho gritos.

—Deja la coña. Venga, sal Néstor, que nos piramos.

—¿Qué dices? Si estoy con estos, afuera.

La madera cruje. Miro al armario. Una silueta se desliza directa hacia mí. Levita, las velas no proyectan su sombra. El vaso empieza a moverse: «¿Y mi hijo? Mi hijo…».

Mis pupilas se dilatan, mi rostro se deforma del pavor, las velas se apagan. El vaso estalla.

«¡Hijo mío! Ven».

© **Víctor Martín Rodríguez *(Víctor el Bizarro)*, 2024 • victorelbizarro.com** • Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico o electrónico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y sucesos que aparecen en esta publicación son producto de la imaginación del autor, o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y acontecimientos es pura coincidencia. El autor de esta obra no busca fomentar ni animar a realizar ninguna de las conductas y/o acciones reflejadas en la misma.

RELATOS CORTOS
DESCUBRE MÁS EN
VICTORELBIZARRO.COM/LIBROS
VICTOR EL BIZARRO